

XXII

El doctor Fabregues había, seguramente, preparado también su plan, esperando un resultado favorable, porque al entrar en la casa, su mirada expresó un gran júbilo.

¿Qué lo producía?

¿La presencia de Elena Brunoy, de la que estaba separado seis semanas hacía, y la certidumbre de que allí estaba libre de las tentaciones de París?

Tal vez.

Tal vez también el estado en que había dejado á Matilde en Mont-Dore.

Había creído á veces en una verdadera resurrección de su enferma, y ¿quién sabe si en otras manos no hubiera sido posible la curación?

Además, aquella misma mañana, examinando á la joven se había convencido de que la mejoría obtenida á su llegada, cedía ante una nueva acometida de la enfermedad.

Esto le causaba una execrable alegría.

Lo que deseaba era la libertad.

La muerte de aquella desgraciada criatura podía devolvérsela.

A sus ojos, aquel nuevo ataque de la enfermedad era decisivo.

En adelante, todo para él era cuestión de tiempo.

¿Cuánto se haría esperar la solución deseada? Su primera palabra al ver á Rosa Sauvat, que salió á su encuentro sonriéndole, fué:

—¿Y Elena?

—No os esperaba.

—¿Está ausente?—preguntó Fabregues temblando.

—No os aflijáis. Ha ido á dar un paseo. Hace tan buen tiempo...

—¿Por qué lado?

—No estoy cierta; pero creo que esté en las ruinas.

—¿Sola?

—Es probable, á menos que no haya encontrado alguna persona conocida.

—¿Tenéis mucha gente?

—Muy poca. Casi todos pasajeros. ¿Queréis almorzar?

—Claro—dijo el doctor distraído;—pero en seguida.

—¿Qué queréis?

—Lo primero que haya á mano; pronto.

—No tenéis más que sentaros á la mesa.

Fabregues entró en la habitación que acababan de abandonar D'Aubagny y la joven.

Algunos minutos después salía el doctor, mientras le decía la patrona:

—¿Cómo? ¿Tan pronto?

—No puedo estar aquí mucho tiempo.

—No estáis solo en Mont-Dore. ¿Qué es eso que me han dicho, de que os habíais casado, pero haciendo un soberbio casamiento?

—No tan brillante... Siempre se exagera... pero es una mujer encantadora... Solo hay una sombra en ese cielo. Su salud es tan delicada, que me causa gran inquietud.

La posadera se sonrió irónicamente.

—¿No hacéis milagros en Mont-Dore?—preguntó.

El doctor ya no le escuchaba. Salió de la posada y desde la mitad de la carretera examinaba el horizonte por todos lados. Después de orientarse entre los caminos de las cercanías para descubrir el que conducía á Murols, tomó su partido y se perdió por una avenida por la que había paseado más de una vez con Elena.

Pronto llegó á la ruinosa puerta del palacio.

La vieja encargada del cuidado de las ruinas estaba advertida, sin duda, porque al ver al doctor le dijo:

—¿Sois vos, doctor?... No se os ha visto en todo el año.

El contestó con algunas frases vacías:

—Falta el tiempo para todo.... Ya comprendéis... No se puede estar en todas partes... ¿Hay alguien ahí dentro?...

—Una ó dos personas... No puedo decíroslo con seguridad.

—¿Se puede entrar?...

—Vos siempre podeis hacerlo.

El doctor entró.

El lugar en que se hallaba era verdaderamente imponente y estaba impregnado de la salvaje poesía del pasado.

No es fácil caminar por entre aquellas ruinas colosales. Un extranjero se pierde con mucha facilidad.

El doctor, después de franquear la caseta de los guardianes, se encontró en un patio lleno de escombros y rodeado por altas paredes, en las que se destacaba una vegetación exuberante de yerbas parásitas, que van asaltando la vieja fortaleza, apoderándose de ella poco á poco, dislocando sus masas basálticas, penetrando páfidamente por los intersticios de las piedras é introduciéndose por todas partes.

No se puede penetrar. sin sentir el corazón oprimido, en esos soberbios edificios que no han podido resistir la acción destructora del tiempo.

La curiosidad, sin embargo, nos impulsa y se avanza por entre escombros como si quisiéramos sorprender los misterios del pasado y el secreto de los muertos que han abrigado allí sus amores ó sus ambiciones.

El doctor Fabregues caminaba á la ventura, perdido en aquel dádalo, por encima del cual se veía de vez en cuando un trozo de cielo de extraordinaria limpidez.

Escuchaba atentamente los ruidos interiores y sólo percibía á intervalos el balido de las cabras que pacían en los fosos.

Por lo demás, permanecía indiferente ante el espectáculo de las grandiosas ruinas. Por fin llegó al pie de una escalera tallada en el espesor del muro de una enorme torre, que debió ser la más alta de aquel formidable recinto.

Al llegar al último piso lanzó un suspiro de satisfacción.

Acababa de distinguir en el extremo opuesto lo que él buscaba.

Elena estaba allí, vuelta de espaldas al sitio por donde apareció el doctor y absorbida en la contemplación del magnífico panorama que se extendía ante sus ojos.

El doctor se acercó á ella cautelosamente, siguiendo un peligroso camino de ronda suspendido en el vacío.

Al ligero ruido que hizo, á pesar de sus precauciones, ella se volvió, aparentando gran sorpresa al ver al doctor.

—¿Vos?—dijo con dureza.

—Sí, yo, que vengo hacia la montaña.

—¿Porque la montaña no va hacia vos?

—Justo.

—¿Qué había de hacer?—preguntó ella en el mismo tono.

—¿No estuviste ayer en Mont-Dore?

—¿Os lo han dicho?

—Sí.

—Algunos amigos complacientes...

—¿Por qué me lo habían de ocultar?

—Porque me parece que en vuestro nuevo estado mi presencia tiene poco interés para vos.

—¡Ah! ¿Sabes?...

—Lo sé todo. No es tan fácil como creéis ocultar actos tan públicos como el matrimonio. Sólo me admira que yo haya necesitado saberlo por otros y no por vos...

—¿No te había ya advertido?

—Con algunas frases ambiguas, es verdad. Pero ¿á qué este misterio? No entiendo estas intrigas que tanto os agradan.

—No me agradan... Me he decidido á ello por necesidad.

En el curso de esta conversación, Fabregues había avanzado lentamente hasta el sitio en que ella estaba.

—Estás enfadada conmigo —murmuró el doctor haciendo ademán de cogerle la mano.

Ella la retiró sin afectación.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Por vuestro casamiento? ¿No conserváis vuestra libertad como yo conservo la mía? Si os hace feliz, yo lo seré también. Es, á lo que parece, un gran negocio el que habéis hecho al casaros.

Esta última frase fué pronunciada con intención cruel.

—A los demás les digo lo contrario; pero á ti, Elena, puedo confesarte la verdad... ¡Negocio soberbio, en efecto!—dijo cínicamente Fabregues.

—Se dice--continuó Elena--que esa joven es muy hermosa.

--Es verdad.

--Muy distinguida, muy buena...

--No te han engañado.

--Os felicito. ¿A cuánto asciende su fortuna?

--No lo sé con exactitud.

—Aproximadamente.

—Unos cien mil francos de renta.

—Hermosa cifra. Espero que os asegure la prosperidad.

—No me he casado con otro objeto.

—¿De apoderaros de su fortuna?

—De disfrutar al menos la que ella posee.

—¿Durante vuestra vida?

—Con una parte del capital.

—La renta bastaría —dijo Elena;— después de vos el diluvio. ¿Para qué ambicionar más?

Es imposible dar idea de la sardónica amargura con que la joven hacía estas preguntas á su antiguo amigo y la glacial tranquilidad de sus respuestas.

Pero era fácil adivinar que estaban representando una comedia los dos.

Por parte del doctor, la serenidad solo estaba en la superficie.

En el temblor de su voz, en el brillo de sus ojos, en las contracciones mal reprimidas de su faz enérgica, se revelaba la pasión que cobijaba su pecho; mientras que la indignación y la cólera de Elena eran todo lo grandes que podían serlo en aquella alma plácida y dulce.

—De modo.—dijo ella al cabo de un instante—que sois dichoso, puesto que habéis realizado el sueño de vuestra vida.

—¡Dichoso! —murmuró él, — distingamos. Eso depende de ciertas circunstancias futuras.

—¿De cuáles?

—De recobrar mi libertad, por ejemplo.

—No os comprendo.

—¿Pensáis que la he enajenado para siempre?

—El matrimonio es de por vida.

—La vida puede ser corta,—dijo Fabregues bajando involuntariamente la voz.

—Solo Dios sabe lo que puede durar,—objetó Elena,—y vuestro deber es prolongarla.

El doctor soltó la carcajada.

—¡Dios! —dijo con aire de duda.

—¿De qué vida habláis?—preguntó Elena.— ¿De la vuestra ó de la... de otra persona.

—Vamos—dijo con impaciencia,—no te hagas la desentendida. Sabés más de lo que dices.

Tienes amigos á quienes habrás consultado, y no será la última Miette, esa joven que me detesta...

—¡Miette! Nunca me lo ha dicho, ni me lo ha demostrado.

—Me odia—repitió Fabregues con energía.

—¿Por qué?

—¿Qué sé yo? Las simpatías ó la antipatía de las mujeres tienen motivos muy raros. Miette ha debido enteraros de todo; que me he casado con una joven cuya existencia pende de un hilo, cuya muerte es cuestión de días, según el doctor Brousse, otro enemigo mio... Brousse no es el único que me odia por rivalidades de profesión; hay otros, además de ese Chocagne, que me execra. Pues bien, en este desencadenamiento de malicias y de envidias, no te han podido decir más que una verdad, que me he casado con una mujer que tiene sus días conta-

dos, y que lo he hecho por amor á otra, y que esta otra se llama Elena Brunoy.

—¡Ah! ¡Callaos!

El doctor comprendió el desprecio que inspiraba á la joven y tuvo un acceso de cólera.

—¿Soy acaso algún desconocido para tí? gritó.—¿No conoces el fin, aunque ignores el medio? Acuérdate. Hace dos años que te amo ardientemente, con la cólera de la medianía, digamos la palabra, casi de una miseria que no quiere someter el objeto amado á las privaciones y á las bajezas que la miseria impone. He guardado para mí los esfuerzos, las tentativas las luchas, no queriendo asociarte más que al éxito y á los goces del porvenir. Rechazado por todos, contrariado siempre, sin vivir, vejetando, siempre en acecho de irrisorios y mezquinos beneficios que solo me servían para prolongar la lucha, tropecé al fin con un negocio... he soltado la frase, pues bien, sí... un negocio... Entre nosotros, mi camarada Bordat y su insolente amigo el barón D'Aubagny, deben despellejarme. Ellos son incapaces de comprender ciertas cosas, porque son unos favorecidos de la suerte, y no han tenido nunca que luchar para adquirir esa feroz moneda de cien sueldos que no hubieran dejado de coger con más ansia que los que menosprecian. Yo hubiera querido verlos transidos de hambre, trabajando á las órdenes de un jefe.

—Concluyamos—dijo ella.

—¿Te acuerdas de nuestra conversación, aquella en que sufrí tanto?

Ella hizo un movimiento de cabeza afirmativo.

—¿No habrás olvidado tu promesa?

—De no escuchar ninguna proposición antes de seis meses.

—De permanecer libre... para mí.

—Quise calmar un acceso de locura. Vuestra imaginación me veía entre pretendientes. ¡Pobre de mí! ¡no estoy rodeada de tantos peligros! Nadie piensa en mí... pero quise tranquilizaros y prometí...

—Si te fijé un plazo—continuó Fabregues—fué porque lo necesitaba para proporcionarte el bienestar que otros te ofrecen seguramente. Uno de mis amigos, el doctor Bordat, acababa de ponerme en relaciones con una joven, una herejera, aflijida por una de esas enfermedades que no perdonan. Bordat me consultó. Yo hablé de Mont-Dore, donde se han visto prodigiosas curaciones, pero el mal de la joven debía ser implacable. Lo comprendí al primer golpe de vista.

Entonces surgió una idea en mi mente. No eran mucho seis meses de sacrificio y de paciencia, á cambio de asegurarme el porvenir. ¿Qué me faltaba para llegar á mi objeto? Agradar, y esto no era para mí tarea difícil. Se trataba de representar una breve comedia de amor y tomé mi partido al sorprender un destello de amor en los ojos de mi enferma. El resto lo

comprendes. El médico es también un confesor. Hablé respondiendo á las confidencias de esta pobre joven que se aferraba á la vida con todas sus fuerzas, le prometí curarla, le juré eterna adhesión, juramento que no necesitaba sostener más que hasta la caída de las hojas.

Ya sé—continuó colérico al observar un gesto desdefioso de Elena—ya se lo que me vas á decir, que es vergonzoso lo que he hecho, bajo y vil. ¿Es culpa mía? ¿Por qué he nacido bajo mala estrella, obligado á lanzarme á la lucha de la vida, sin apoyo, sin recursos ni protección? Después de todo solo tú tienes el derecho de acusarme.

Yo no he obligado á esa joven á aceptar mi nombre, ni hay ley que prohíba casarse con una moribunda. Se hablará del honor, palabra vaga, cuyo sentido varía según las circunstancias y las personas. ¿Soy yo solo quien busca en el matrimonio la riqueza? No faltarán parientes que digan que les he robado. ¿Qué me importa? Tú solamente podrías acusarme de traición si no tuvieras la seguridad de que mi corazón no ha dejado de ser tuyo...

Se detuvo observando á Elena.

Ella le escuchaba atentamente, en apariencia impassible. A veces un fruncimiento de cejas, un repliegue de los labios, revelaban su impaciencia, su sorpresa ó su indignación. Otras una palabra salida del alma, porque Fabregues era sincero al hablar de su pasión por ella; revelaba en su rostro pasajera emoción.

¿Qué mujer, por pura que sea, es insensible al amor que inspira?

Elena no dejó escapar ni una palabra de censura.

—¿De modo—dijo—que esa mujer morirá de esa enfermedad?

—Seguramente.

—¿No hay ninguna probabilidad de curación?

—Ninguna.

—Sin embargo, le habéis prometido salvarla.

—Esa es la vana promesa que se hace á todo enfermo para aliviar sus sufrimientos y mantener en él quiméricas esperanzas.

—Pero en vos era una mentira para realizar vuestros proyectos.

—Tal vez; ¿pero no era también una obra de caridad?

—Sea así. Me habéis pedido seis meses de espera.

—Efectivamente.

—¿Es que habéis fijado la época de su muerte?

—No vivirá mucho... la ciencia...

—La ciencia se engaña: me lo habéis dicho cien veces vos mismo.

—Es verdad; pero no se engañará en este caso.

—¿Estáis seguro de ello?

—Segurísimo.

—¿Y si á pesar de todo?...

—Es inútil insistir. No vivirá mucho.

El tono incisivo del doctor heló el alma de Elena.

La energía con que se expresaba era de mal augurio.

Evidentemente iba por una pendiente en que no le detendría nada.

—Concedamos eso también—dijo ella esforzándose.—¿Y después?

—Después—dijo él acercándose á la joven—¿no comprendes el porvenir que nos espera? Rico, después de haber mantenido en el alma de esta desgraciada la ilusión del amor y la quimera de la esperanza, volvería á tu lado al expirar el plazo convenido.

—¿De modo que está señalada de antemano la hora de su muerte?

—Con certidumbre.

—¿Sois un terrible calculista!

—Lo he combinado todo... Todo lo he pesado, todo lo he medido...

—¿Y no sentís remordimientos?

—¿Por qué?

—Por ver sufrir...

—Endulzaré sus sufrimientos lo que pueda.

—A la que expirará en vuestros brazos, sorprendiendo tal vez la ávida mirada con que acecháis su postrer suspiro.

—Los médicos están familiarizados con la muerte.

—¿Y habéis creído que yo consentiría en ocupar el puesto de esa infortunada?...

La pregunta fué hecha con dulce inflexión de voz.

—Esa es mi más firme esperanza—murmuró Fabregues.—Ya sabes lo que te pedido y lo que tú me has prometido. Te he suplicado que no te admiraras de nada, estando segura de mi inalterable amor. ¿Mantendrás tu promesa?

—Sin trabajo, os lo juro, porque me hacéis odiar el amor con tales cálculos.

—¿Qué dices?

—Y el dinero, si para adquirirlo hay que recurrir á tales infamias.

—¡Elena!

—Os compadezco por amar hasta ese punto la riqueza. Yo, tan pobre como soy, incierta del porvenir, expuesta á tantas incertidumbres y asechanzas, no he pensado nunca en mejorar de posición por medios reprobados. Sigo el camino en donde me ha colocado la suerte, descorazonada por mi desgracia; pero satisfecha por no tener que acusarme y con un secreto deseo en el alma: el de encontrar un compañero en este viaje de la vida, que me sostenga y cuya amistad me la haga llevadera. Creí que le había encontrado, pero ahora he perdido la fe... La habéis muerto vos.

—¡Yo!—gritó él.

—Sí.

—Elena, te suplico...

—Será inútil. ¿Cómo habéis podido pensar que yo aceptaría la herencia de esa pobre mujer... que me aprovecharía de un dinero gana-

do de ese modo? Ocupando su puesto, me parecería verla siempre crédula y engañada. confiándose á los cuidados de un hombre que no esperaba más que su muerte y contaba sus días. Oiría su quejido en mi lecho nupcial, la vería pálida y amenazadora, acusarme por mi lujo usurpado, robado gracias á una indigna superchería. Vuestro cálculo ha sido exacto para vos, falso por lo que á mi toca. Ella ha caído en el lazo que le habéis preparado... Llegad hasta el fin si os atrevéis... Vuestra acción es un crimen, y yo no compartiré el precio de ese crimen...

—¡Un crimen!

—¿Cómo lo llamaréis entonces?

—Este crimen lo cometo por tí.

—Habéis hecho mal. ¿Por qué no me consultasteis? Entonces os hubiera dicho que el primer bien es una conciencia tranquila, que la medianía, adquirida por el trabajo, vale más que una riqueza mal adquirida, que no me seducen los goces de la vanidad hasta el punto de cegarme, como á vos, y que prefiero el hombre ambicioso que erais, pero sencillo, trabajador y honrado que me ame por mí, sin necesidad de un lujo mal adquirido que me haga más agradable á sus ojos.

—De modo—dijo él con despecho, que me he deshonrado inútilmente á mis propios ojos; que he engañado en vano á esta mujer imponiéndome la tortura de asistir á su lenta y dolorosa agonía, y habré ganado para nada esta

fortuna, con la que aspiraba á conquistar tu afecto?

La joven no contestó.

El la atrajo hacia sí con violencia.

—Eseucha—continuó con voz colérica,— desde hace años eres mi ideal, mi locura, mi suplicio y mi alegría; por obtenerte lo he intentado todo. Es imposible que sea verdad lo que dices.

—Si—contestó ella sencillamente.

—¡Creo ser juguete de un sueño! ¿Es decir, que rechazarás esa fortuna por vanos escrúpulos?...

—Quiero estimar al esposo que elija.

—¿Es decir, que me desprecias?...

—No desprecio á nadie... No juzgo á los demás... pero me aconseja una voz interior...

Al decir esto, él la apretó con tal violencia, que la joven lanzó un grito de dolor.

—¡Tened cuidado!—dijo—¡me lastimáis!

—¡Ten cuidado tú!... Una pasión como la mía es peligrosa cuando se la exaspera!

—¡Calmaos!—dijo ella vivamente.—¡Alguien viene!

Se oía, en efecto, ruido de pasos en la escalera y voces que se aproximaban.

—¿Es esa la última palabra?

—¿No es uno dueño de sus sentimientos?—contestó ella evadiéndose.— Reflexionaré.... Veré....

El repitió:

—¡Ten cuidado! ¡Lo que he hecho, lo he he-

cho bajo la fe de tu promesa!... ¡Mantenla, por lo pronto! ¡Después... ya veremos!

—¡Yo no tengo más que una palabra! ¡la cumpliré! ¡Esperaré!

—¡Adiós, pues! ¡Pero cualquiera que sea tu resolución, piensa que si no eres mía, no serás de nadie!

Ella hizo un gesto de duda y de resignación á la vez.

En el momento en que los paseantes, cuyas voces se habían oído, llegaban á la torre, el doctor desapareció por la escalera por donde había subido.

Entonces la joven se inclinó sobre la senda suspendida en el vacío, y llamó con un grito.

Apareció una cabeza ligeramente congestionada, tanto por la emoción como por los ardientes rayos que el sol del Mediodía dejaba caer sobre las ruinas.

Era la cabeza del barón Pablo d'Aubagny.

XXIII

Al tiempo que esto sucedía en Murols, Matilde estaba encerrada en su habitación, en su pequeña casita de Mont-Dore.

El sitio no era á propósito para despertar ideas alegres.

Era una de esas habitaciones de baños desprovistas de esos objetos familiares cuya compañía nos es grata como la de antiguos y buenos amigos.

Los muros estaban decorados con un papel claro, para evitar que la humedad, estropeando las pinturas y los dibujos, hiciera precisa la renovación frecuente.

El único mueble algo comfortable era una meridiana que Fabregues habia comprado en Clermont, diciendo á la joven:

—¿Qué importa el interior de la casa? Allí está la salud.

Y á la vez señalaba con un gesto las montañas, entre las que se ocultan Mont-Dore y sus bienchores manantiales.

Por algún tiempo, Matilde habia prestado fe á estas falaces promesas.

¡La salud! ¡La vida! ¡Con qué afán esperaba la realización de esta profecía, en que no creía el profeta mismo!

Sin embargo, parecia justificada.

El aire puro y ligero de las montañas, la eficacia y la virtud de las aguas de Mont-Dore habian prestado fuerzas á la joven en los primeros días de tratamiento.

Pero á esta efimera resurrección sucedió el desfallecimiento, y la doliente pasaba casi todo el día postrada.

Aquel día, Matilde, después de almorzar sola, tendida como una oriental sobre su diván, miraba con indiferencia la gente que discurría bajo sus ventanas.

¡Cómo echaba de menos París y el Grand Hotel, el palacio de Breville y sus perspectivas; los viejos criados que tanto la querian y en cu-